BUSCANDO LA LIBERACIÓN

El juego del Poder nunca dará como resultado la Libertad.

A lo largo de los siglos, hemos ideado mil y un métodos distintos para hacer frente al Poder, para combatirlo. Sin embargo, por más que se ha hecho, la humanidad jamás ha conseguido erradicarlo. Más bien, da la impresión que tales métodos sólo han servido para perpetuarlo.

Seamos honestos, ¿dichos métodos no tendrían como objetivo algo muy distinto a la libertad? ¿Y no será ese algo, precisamente, la causa principal de nuestra milenaria esclavitud?

Quizás sea también ese algo, alimentado de mil y una formas diferentes por el Poder, la causa de nuestra continua insatisfacción vital; de nuestra incapacidad para vivir en armonía con la naturaleza.

¿Quizás se trate de liberarnos primero de todo aquello que ha contribuido al crecimiento desmesurado de ese algo? ¿Quizás se trate de situar, como fin último, la búsqueda de nuestra libertad (entendida, esencialmente, como un estado mental) y la afirmación de nuestra vida, así como de todas sus potencialidades? ¿Quizás se trate de dar preferencia a lo cualitativo sobre lo cuantitativo?

En cualquier caso, y pudiendo ser una propuesta colectiva, la solución sólo vendrá a través de una decisión individual: ¡QUIERO SER LIBRE! Por lo que no busquemos excusas, pues sólo de nosotros depende nuestra libertad y, con ello, la capacidad para vivir la vida plenamente. Tampoco espere, quien quiera emprender este camino, que será tarea fácil, pues el paso del tiempo ha ido embarrando el trayecto.

Todo aquel cuyo objetivo sea la libertad debería hacerse las siguientes preguntas: ¿tal libertad puede conseguirse entrando en los juegos de Poder, o será necesario alejarse de ellos? ¿Entrar en el juego del Poder, con la excusa de alcanzar la libertad, serviría de algo, o sólo retroalimentaría aún más todo este perverso juego? Si lo que busco es la libertad ¿se puede alcanzar ésta utilizando como herramienta lo que más se le opone: la dominación (¿Podríamos encontrar el amor a través del odio?)

Lema del Poder: “Os necesito indignados, de otra manera no aceptarías mi juego. ¡Indignaos pues!”

Si el Poder no hiciera lo posible por cabrearte, por indignarte, por enfadarte, tú no entrarías en su juego y se le acabaría el "negocio". Si el Poder no idease y promocionase dramas que alimenten tu deseo de venganza (crisis, guerras, catástrofes), tú, sencillamente, te marcharías. Si el Poder no nos hubiera hecho sentir como necesaria la superación de sí mismo para alcanzar la “felicidad”, hace tiempo que ya no estaríamos aquí.

Pero el Poder necesita tenerte cerca, pues de no tenerte cerca no podría continuar con su juego.

Y para ello el Poder, primero de todo, necesita que le odies irracionalmente, para que te enfrentes a él; para que tengas como único fin superarle, de tal forma que nunca te separes de su lado; para que nunca pienses ni siquiera en alejarte de él. Así te pincha, te muerde, te araña, incluso él mismo te hace creer que puedes llegar a superarle, que puedes llegar a tomar tú el poder, y que con tal superación todo mejorará.

El Poder nos hace creer que es un obstáculo para nuestras vidas; que se interpone en el desarrollo de ellas; que sólo enfrentándonos a él y superándole, conseguiremos nuestra plenitud vital. Pero con ello sólo conseguimos una cosa: retroalimentar el juego del Poder.

Es como pretender acabar con el fútbol jugando al fútbol contra el mejor rival. Aunque le ganáramos sólo habríamos conseguido una cosa: perfeccionar el juego del fútbol, no acabar con él. Desde ese momento, nos tocaría a nosotros defender nuestro "reinado" frente a los demás, dando así continuidad al juego.

El Poder sabe que, para sobrevivir, necesita que le odies; necesita de una oposición que le retroalimente (cuando él decide ser el mal necesita que tú seas el bien), no sólo con la finalidad de servirle como excusa para ejercer su poder, sino para que, usándote como vehículo, pueda, con otro disfraz, cuando tú hayas “triunfado”, asentarse de nuevo en el trono, con aún más fuerza que antes; lo cual, a su vez, provocará el nacimiento de una nueva oposición, cuya finalidad será la de volver a dar cuerda al juego. Y así, una y otra vez, haciéndolo cada vez más "perfecto" (aunque, personalmente, pienso que el calificativo de "patológico" sería el más adecuado para calificar dicho juego).

El objetivo esencial buscado en el juego del Poder no es la victoria, sino tu eterna fidelidad al juego mismo; que no le abandones; que no busques otra salida, pues sin ti, su juego se acaba. Sin tu participación sería imposible dar continuidad a lo que no es otra cosa que un perverso círculo vicioso.

Por todo esto, tu indignación y tu lucha contra el Poder es tan sólo una garantía de supervivencia para él, pues expresa tu voluntad de no plantearte una vida sin él; de no separarte jamás de él.

Para él, todo esto está muy claro, quizás algún día lo queramos tener claro nosotros.

¿De qué os INDIGNÁIS si sois vosotros los que habéis decidido no ser libres?

¿Por qué gritáis así? ¿Por qué protestáis de esa forma? ¿De qué os indignáis? Si vuestra decisión no fue más allá de aceptar ser esclavo de otro, siervo de otro, ateneos ahora a las consecuencias. Deberíais de saber que lo que os está pasando es consecuencia, tan sólo, de vuestra voluntaria decisión de renunciar a la libertad, de haber optado por ser esclavos.

Vuestra actitud es tan ridícula como la de ese grupo de cerdos que protestaban porque, en lugar de llevarles al matadero por el camino que ellos querían, les llevaban por otro diferente.

Vosotros mismos ya estáis en algo muy parecido a un matadero (la inmensa mayoría nacisteis en él), y parece que, más importante que el hecho de que os vayan a cortar todas vuestras extremidades, os resulta el modo en que éstas han de ser cortadas. Parece que lo más importante para vosotros no es salir del matadero, escapar de él, sino la manera de estar más a gusto en su interior. Pero al matadero sólo se va a una cosa, así que, dejaos ya de engañar.

Me recordáis también a esa familia de desagradecidos, a la que unos amigos invitaron a pasar las vacaciones en su casa, y se pasaron todo el tiempo pidiendo que reformaran la casa a su gusto. Si no te gusta la casa ¿por qué te empeñas en seguir en ella a toda costa? ¿No ves que la casa se hizo para servir las necesidades de sus dueños, no las tuyas? Por lo que, por mucho que te empeñes en reformarla, esa casa siempre tendrá la misma función: tu esclavitud.

Deberíais saber ya que cuando aceptasteis voluntariamente renunciar a vuestra vida, a cambio de la supuesta protección de las murallas del castillo, estabais aceptando también que sus dueños pudieran aprovecharse de vosotros en su beneficio. Ahora, no deberíais quejaros porque ellos ejerzan el derecho que vosotros les concedisteis; más bien, deberíais arrepentiros de haberles concedido vosotros ese derecho, y de no tener el suficiente valor e imaginación para pensar otras formas de vida lejos del castillo.

Si no te gusta el pacto ¿qué esperas para romperlo? Si no te gusta el camino que te conduce al matadero ¿por qué te empeñas en seguir recorriéndolo? Si tan poco te gusta la casa que otros construyeron para ti ¿por qué no te marchas de ella de una vez?

Por otro lado, si consiguiéramos mejorar la decoración de las paredes de la cárcel en la que vivimos, o incluso un aumento de la ración del rancho en la misma, esto sólo tendría como resultado que nuestra condición de prisioneros se haría aún más inconsciente y, por lo tanto, más invisibles nuestras cadenas.

¿No es hora ya de dejar de pensar en cómo mejorar nuestra vida en la prisión y empezar a teorizar sobre la forma de salir de ella? A menos que creamos (o queramos creer) que el hábitat natural de los seres humanos es la prisión.

La adoración del poder como crimen.

(Dedicado a todos aquellos que aman a sus amos) La atribución, por tu parte, de diferentes virtudes como la bondad o la honestidad a los hombres de poder, cuyo único objetivo es el sometimiento del mayor número de personas posible a sus caprichos o intereses (vístase esto con las mejores intenciones que se quiera: democracia, socialismo, libre-mercado), es sólo una forma, como otra cualquiera, de engañarte a ti mismo, de autoconvencerte de lo bien que hiciste en firmar con ellos un contrato que te permite malvivir en su sistema social jerarquizado, en el que tales hombres ocupan el escalón superior, y tú el inferior. Un contrato con el que decidiste entregarles tu libertad y toda aspiración emancipatoria.

La adoración que expresas por ellos es tan sólo un método muy sutil de ocultar tu incompetencia, tu cobardía, tu pereza… o, incluso, el miedo a perder todos esos “vicios” con los que, muy hábilmente, nos fueron corrompiendo (a mí como al que más).

Hablemos claro, el poder y los hombres que lo ejercen sólo tienen un objetivo: nuestro sometimiento, para lo cual, la bondad y la honestidad son características que no se pueden permitir, básicamente, porque ningún hombre bondadoso u honesto desearía tal objetivo, es decir, la supeditación del resto de los mortales a sus deseos. Por el contrario, sólo la perfidia y la mentira son útiles para la consecución de un fin así.

Obligar a un ser humano a someterse es como obligar a un árbol a truncar su crecimiento; como tratar de impedir que un pájaro vuele. La diferencia con respecto a los seres humanos, es que ni un árbol ni un pájaro

aceptarán jamás someterse voluntariamente, y harán todo lo posible por continuar con su natural comportamiento.

Aceptar de forma voluntaria la lógica del poder (dominación-sometimiento), llegando incluso al esperpento de adorar a los hombres que lo ejercen (capaces de todo lo peor, con tal de mantenerse en su privilegiada posición), es la manera más común de engañarse a uno mismo y a la propia conciencia, para justificar la aceptación de un perverso contrato, cuya única finalidad es la renuncia al objetivo principal de toda vida, es decir, la renuncia al desarrollo pleno y libre de nuestra existencia; es una manera de taparnos los ojos para aceptar más cómodamente la voluntaria decisión de morir en vida; Una decisión totalmente contra natura.

El encumbramiento de los hombres de poder, y, con ello, la aceptación voluntaria del sometimiento, es lo más parecido que puede haber a un suicidio; sin duda alguna, es algo que debería ser condenado como un crimen contra lo más profundo de nuestra esencia humana.

Su objetivo (por encima de la victoria o de la derrota) es que nunca abandones su tablero de juego.

Dices que tus protestas están justificadas; dices que tus demandas son sobradamente razonables; dices que la revolución es necesaria, pero, una y otra vez, te empeñas en solucionar tus problemas sobre su tablero de juego. ¿No te das cuenta que es precisamente, jugando sobre ese tablero como surgieron tus problemas; que en él tuvieron su origen? ¿Y no crees que para solucionarlos sería mejor salirse de él de una vez?

Lo importante en su juego no es quien lo gane, sino que no deje de jugarse nunca, y que se haga siempre sobre su tablero y con sus reglas. Esa es la razón por la que, usando mil fórmulas diferentes, te han hecho concebir la falsa esperanza, la infantil ilusión, de que ganando el juego se acabarían tus problemas; todo para que no lo abandones, para que no dejes de jugarlo, para que continúes sobre el tablero, para que no busques otra salida.

Pero tras siglos de victorias y de derrotas sobre el mismo tablero ¿en que punto estamos? ¿No habrán tenido tales victorias y tales derrotas, exclusivamente, el objetivo de mantener vivo el juego? ¿No hay suficientes ejemplos en la historia que lo demuestren? ¿O es que prefieres seguir engañándote? ¿Quizás eso sea lo más cómodo para ti?

Pensar que jugando a su juego, encima de su tablero y con sus normas, podrás algún día solucionar tu situación, va mucho más allá de ser

una utopía, es una absoluta ingenuidad. ¿No ves que, jugando en su terreno, ellos tienen siempre la iniciativa y tú siempre vas a remolque, por el camino que a ellos les interesa? Tu comportamiento me recuerda al de aquel hombre que se metió en medio del mar, con la intención de detener las olas, pero éstas, una y otra vez, le devolvían a la orilla, a pesar de lo cual el hombre volvía a intentarlo un día tras otro, pensando que finalmente las olas le obedecerían.

¿No te das cuenta, además, que este juego fue creado con una sola finalidad? De tal forma que por mucho que te empeñes en darle la vuelta, siempre acabará cumpliendo la función para la que fue inventado: el pastoreo del rebaño humano.

Sin embargo, y a pesar de que apenas crees ya en él, te empeñas en continuar jugando, sobre su tablero. Tu obstinación es tal que, por enésima vez, te vuelves a exponer a ser escupido por las olas. Te consideras capaz de superar a todos los "revolucionarios" que han existido hasta ahora, y de construir tú la "megarevolución". De este modo, no sólo te engañas a ti mismo, sino que es muy probable que seduzcas a muchos otros para que no abandonen el juego, para que continúen sobre el tablero, cuando quizás ya estaban a punto de marcharse, o se encontraban preparando la huida.

Ganado al rey negro tan sólo habrás conseguido que gane el rey blanco, y ganando al blanco, que gane el negro, mientras, tú continúas siendo un simple peón a su servicio, un miembro más del rebaño; pues en eso, y no en otra cosa, consiste el juego; con ese objetivo fue creado: el de mantener el rebaño unido, con independencia de quien sea el pastor. Todo lo demás son puras quimeras, que nada tienen que ver con la realidad.

No estaría mal que alguna vez reconociéramos que somos como niños asustados, que no queremos ver la realidad, incapaces de romper con el padre y de crear nuestro propio juego. Quizás nuestra valentía, a la hora de reconocer nuestra cobardía, le pueda ser de alguna utilidad algún día a alguien, tal vez, a nosotros mismos.

¿Por qué te necesitan indignado?

Te necesitan indignado (incluso indignado contra los indignados) para que reacciones, para que actúes, para que te levantes del sillón y seas tú el que, como un héroe moderno, perfeccione el sistema, el que introduzca los cambios y ajustes necesarios. Todo con el objetivo de hacerte sentir parte y autor del mismo, con el objetivo de vincularte aún más a él, de engancharte a él, de impedir que te alejes de él.

Te necesitan indignado para que sigas jugando a su milenario juego; necesitan tu ira y tu deseo de venganza para que nunca te separes de ellos, para que seas tú mismo quien mantenga vivas todas sus estructuras y superestructuras, para que, después de que todo cambie, todo siga como está. Y cuanto mayor sea tu grado de indignación, cuanto peor concepto tengas de ellos, cuanto más les odies y más profunda sea tu rabia, mucho mejor para sus propósitos. Con tal fin, ellos mismos (por mucho que te engañes pensando que has sido tú quien lo hizo), ellos mismos, decía, son los que te han venido revelando lo "malos" que pueden llegar a ser, para que tu indignación jamás desfallezca.

Indignados, aceptadlo, vosotros sois los nuevos *miserables* que ellos necesitan para dejar atrás el Antiguo Orden y dar paso al Nuevo; sois el caos necesario (0) para devolver todo al orden (1) que ellos desean; la imprescindible ruptura del círculo que asegure la perpetuación de su sistema. Cuando todo termine, volveréis a estar donde siempre estuvisteis: en la base de su sistema social jerarquizado, llámese éste liberal o autoritario, progresista o conservador, democracia o ciberdemocracia. Seguiréis siendo los productores que los sabios necesitan para que su "*República*" funcione como lleva haciéndolo desde hace siglos. Habréis sido vosotros y vuestro miedo a la libertad, vuestra incapacidad para vivir fuera del rebaño y sin pastores, los artífices de este nuevo paso, de esta nueva revolucionarización de vuestra condición de siervos.

¡Enhorabuena, por fin lograréis que la cárcel acabe teniendo los barrotes de oro! Seguirán siendo barrotes, pero de oro al fin y al cabo. Quizás eso sea lo que realmente queríais; acaso ésta sea la razón por la que el color principal de las banderas que enarboláis sea el amarillo y no otro; quizás éste sea el verdadero motivo por el que queréis tomar las calles de su macrocárcel y no las riendas de vuestra vida; acaso por eso aspiráis a tener futuro, mientras despreciáis el presente.

La política como opio (o el idealismo como gran embaucador).

Política: ciencia o arte de organizar la vida de los seres humanos en las Polis.

La política nos ofrece una interpretación de la vida, en general, y de la naturaleza humana, en particular, muy diferente a cómo en realidad es y de cómo verdaderamente funciona, gracias a su engañosa, narcótica e idealista visión. Un idealismo nada inocente ni cándido, sino, más bien,

todo lo contrario (¡ya iba siendo hora de que alguien lo dijera!), pues sobre él se cimientan los muros de nuestra prisión interior.

Este embaucador idealismo es el principal responsable de nuestro progresivo distanciamiento con respecto a nosotros mismos y con respecto a la vida; pues, como el opio, la política y su idealista visión de la realidad hacen que seamos incapaces de vivir plena, auténtica e independientemente nuestras vidas, al hipotecar todo a un futuro que nunca llega, ni llegará, simplemente porque no existe, y porque además es imposible.

Comprender esta verdad, y saber que todo lo que nos propone la política no son más que puras quimeras, ilusiones irrealizables, falsas esperanzas, no nos debe llevar al abatimiento o a la desesperación, sino a plantearnos y a vivir nuestra vida de una forma muy diferente a cómo, hasta ahora, han querido que nos la planteáramos y la viviéramos, es decir, sin vivirla; pues, mientras seducidos por sus mentiras, esperábamos su ideal, su paraíso artificial, lo que hacíamos era renunciar a vivir nuestra vida y aceptábamos vivir para ellos.

Ésa, y no otra, es la función de la política: anularnos, para que cuando estemos completamente anulados, seamos nosotros mismos quienes nos encarguemos de anular a otros. Por eso, si algún día decides renunciar a la política y a todas sus ficciones, para vivir realmente tu vida, no te extrañes cuando veas aparecer entorno a ti, por todos los lados, esa nueva especie de predicadores, amenazándote con la "condenación eterna de tu alma" por haber renunciado a "luchar" por mejorar su sociedad de rebaño, por no haber decidido sacrificar tu vida en favor de su opiáceo ideal, por no haber creído en sus paraísos terrenales; pues ten muy claro que no descansarán hasta conseguir sus objetivos: que no vivas, que no seas libre, que sigas siendo rebaño encerrado en su polis; en definitiva, que seas suyo, lo cual, por otra parte, sólo pueden conseguir porque nosotros se lo consentimos.

Y sólo con nuestro consentimiento pueden lograrlo, porque quizás la verdadera causa de nuestra esclavitud esté en nuestro interior y no en el exterior; porque quizás nuestros deseos e "ideales" sean nuestros auténticos carceleros; porque quizás nosotros mismos seamos quienes, por aceptar como cierto ese falso y embaucador idealismo, nos hayamos puesto las cadenas que ahora arrastramos; por eso, quizás, sólo renunciando a ese futuro ficticio, a ese opiáceo paraíso, sólo cuando nos hayamos librado de la preocupación por lo que comeremos o vestiremos, sólo así, será posible vivir plenamente el presente, conseguir la armonía con la naturaleza (nuestra única y verdadera "polis"), hacerse con el control definitivo de nuestra propia vida. Pero todo esto, te digan lo que te digan, es algo que sólo podrás descubrirlo tú.

No te engañaré: se trata de una tarea harto difícil, pues no consiste en romper con una forma de pensar que llegó hoy o ayer, sino con algo, con unas "ideas", que llevan siglos con nosotros.

¿Y si lo que debieras evitar fuera la búsqueda de esa sociedad perfecta?

Llevas años buscando la sociedad perfecta, "*el hombre nuevo*", con ese objetivo te metiste en un Partido del que a los pocos años te saliste, pues no se ajustaba a tus expectativas. Al poco tiempo, volviste a meterte en otro por considerarlo más adecuado que el primero, y del que a su vez también terminaste marchándote, al comprobar que tampoco daba respuesta a tus demandas.

Al creer que ningún partido político podría servir para alcanzar tu ideal, decidiste investigar otras vías (sindicatos, asociaciones, incluso internet). Y así llevas años, con la misma idea en la cabeza. Has usado diferentes medios, pero siempre con el mismo rumbo: la búsqueda del paraíso, "*La Revolución Necesaria*", y, sin darte cuenta, el rebaño perfecto.

Pero ¿Y si el error estuviera más en lo que buscas, que en los medios que utilizas para ello? ¿Y si con esta búsqueda te estuvieras perjudicando más que beneficiando? ¿Y si tu búsqueda estuviera siendo de más utilidad a tus "enemigos" que a ti, o que a aquellos a los que pretendes ayudar?

¿Te has planteado alguna vez que quizás ese "ideal social" no sea más que un cebo, una trampa, igual que la zanahoria que el jinete pone al caballo delante de sus ojos, pero que nunca le permite alcanzar; todo con el propósito de que corras en su persecución, de que nunca pares, de que continúes con tu dura tarea de animal de tiro, dando cuerda a su perverso juego?

Lo importante para ellos no es quién gane, sino que siempre gane alguien y que siempre haya alguien (como tú) que quiera ganar, que el juego nunca se detenga, que el "show" continúe, y que tu loca carrera por esa zanahoria que nunca alcanzarás, que tu idealista búsqueda, tu ansia por alcanzar el paraíso en la tierra, sólo sirva para que la noria continúe dando vueltas en el mismo sentido, gracias a tu demencial esfuerzo, gracias a tu renuncia a la vida.

Aquellos que hace siglos inventaron este juego lo diseñaron con un sólo propósito. En él, los peones, torres, caballos y alfiles deberían cumplir una única misión, defender a un rey, con independencia de que éste fuera negro o blanco, rojo o azul, bueno o malo; de tal forma que, ganase quien ganase, el verdadero vencedor, por encima de todo lo demás, fuera siempre

el de la consecución de un orden determinado. Pues su auténtica función, su fin último, no es el de la victoria de uno u otro rey, ni siquiera del bien sobre el mal (o del mal sobre el bien), sino el de conseguir tu implicación en el mantenimiento de su "orden", y, sobre todo, en el perfeccionamiento del mismo, cerrándote, así, cualquier posibilidad de desarrollar tu propio "caos" interior, tu barbarie necesaria, tu liberación.

Hoy en día, el objetivo de los continuadores de aquellos "sabios", que antaño crearon el juego, es que éste no deje de jugarse nunca, el de que seas incapaz de imaginarte las cosas de otra forma, el de hacértelo sentir como necesario; por lo tanto, tu incapacidad para ver más allá de él, para librarte de su "necesidad", y con ello, tu esfuerzo y dedicación por mantenerlo vivo, sólo sirve para que siga cumpliendo la precisa función para la que fue creado: que su "orden" triunfe sobre tu "caos", su civilización sobre tu barbarie, aunque, gracias a ello, ahora estemos donde estamos, y, con toda probabilidad, nos lleve más lejos aún; nos haga, cada día más, ser menos nosotros mismos; que tú sigas en la base de su pirámide, como "productor", renunciando a vivir, siendo rebaño, y ellos sigan arriba, viviendo de ti, gracias a tu renuncia a tu vida, gracias a tu caos controlado por su caos desbordado.

Mientras tu deseo sea el de seguir siendo masa, parte del rebaño, jamás conseguirás ser individuo, nunca alcanzarás tu liberación.

Pero cuando te hayas separado de la masa, cuando hayas decidido dejar de ser un miembro más del rebaño y cuando te hayas dado cuenta de que todo en ti es caos; entonces, sólo entonces, es posible que empieces a vivir, o, por lo menos, a dejar de sufrir y a implantar tu propio orden. Pues es muy probable que eso llamado civilización sólo sirva para potenciar aún más nuestro caos, y que sea la vuelta a la barbarie la única forma posible de volver al verdadero orden, de salvarnos como especie.

La tiranía de los hombres buenos.

La mayor parte de las veces, la libertad de los seres humanos no perece como consecuencia de la brutalidad de los hombres malos, sino por la seducción de las palabras de los hombres buenos. Éstos pueden llegar a ser más perniciosos para la independencia de la voluntad humana que el mayor de los tiranos.

Muchos, creyendo buscar la libertad, deciden seguir hasta las últimas consecuencias a aquellos que se erigen en libertador de libertadores, y, con ello, lo único que consiguen es supeditar su voluntad a una voluntad

superior; es decir, paradójicamente, muchos hombres, en su búsqueda de la libertad, acaban convirtiéndose en esclavos de aquellos que se la prometen.

El lema de todo aquel que desease la libertad para la humanidad debería ser: "Si quieres, déjalo todo: riquezas, casa, familia, etc., pero por favor, por lo que más quieras, no se te ocurra seguirme."

Desconfía de todo aquel que te prometa la libertad.

La codicia y la envidia como origen de todo orden social.

"Voceaba a menudo que los dioses habían concedido a los hombres una existencia fácil, pero que ellos mismos se la habían ensombrecido al requerir pasteles de miel, ungüentos perfumados y cosas por el estilo." (Diógenes Laercio, Vida de Diógenes de Sínope)

El capitalismo, al igual que el resto de ideologías autoritarias y jerarquizantes, tiene su origen principalmente en la insaciable codicia y la brutal avaricia de unos pocos; pero el socialismo, así como otras ideologías democráticas, no tiene un origen mucho más honorable que las primeras, pues las segundas surgen exclusivamente como reacciones de envidia ante la opulencia de los codiciosos, o de cobardía ante la incapacidad de imaginar una forma de vida alejada de los "placeres (o vicios)" de la civilización.

Por un lado tenemos al codicioso, que quiere comerse él sólo el pastel entero; por el otro al demócrata, que, debido a su incapacidad para hacerse él con el pastel, le pide al codicioso que lo reparta, y así todos podrán comer una parte, de tal modo que no haya quejas. El problema del uno y del otro es que ninguno de los dos es capaz de imaginarse la vida sin el pesado lastre de dicho pastel.

Se podría concluir, que el origen y mantenimiento de toda estructura social se apoya en lo más bajo de los seres humanos. El codicioso la necesita para calmar su insaciable apetito, y el demócrata para disfrutar (o al menos para poder aspirar a disfrutar), aunque sólo sea por un pequeño instante, de una pequeña parte de los placeres del codicioso.

¿Piensas que si el capitán de un ejército, antes de iniciar una contienda, aceptase las armas que su enemigo le ofrece, tendría alguna posibilidad de éxito? ¿Es que acaso crees que tal enemigo sería tan tonto como para ofrecer a su oponente algo con lo que le pudiera derrotar?

¿Crees que un esclavo tendría algún tipo de posibilidad de alcanzar la liberación y la de sus semejantes utilizando los medios que su amo le ofrece? ¿Consideras tan estúpido a éste como para llevar a cabo una acción así? ¿Crees que sería tan ingenuo de ofrecer algo que le hiciera perder su privilegiada posición con respecto a sus siervos?

Desconfía, por lo tanto, de toda ayuda que te ofrezca tu "enemigo" (internet, televisión, radio…), pues ello tan sólo tendrá un objetivo: encadenarte aún más a él.

La lógica de la esclavitud (I).

"Nada es bastante, para quien lo que es bastante resulta poco." (Epicuro, Máximas)

Para que se dé una situación de esclavitud es necesario que se cumplan una serie de condiciones; unas por parte de aquellos que aspiran a ser amos, y otras por parte de aquellos a quienes se pretende convertir en esclavos.

Si aquellos que aspiran a ser amos no cumplen las condiciones necesarias, éstos nunca llegarán a serlo; pero incluso cumpliéndolas, si aquellos a quienes se pretende convertir en esclavos no reúnen las condiciones para tal fin, la esclavitud nunca será posible.

Es decir, para que se alcance una situación de esclavitud es necesario que tanto aquellos que aspiran a ser amos como aquellos a los que se pretende esclavizar, cumplan una serie de condiciones al mismo tiempo.

Para llegar a ser amo, en primer lugar, es necesario poseer muchas cosas y que aquellos a quienes se pretende hacer esclavos posean pocas o ninguna como las que tiene el que pretende ser amo. Pero no basta con esto, pues este último debe, por todos los medios, hacer que aquéllos deseen tener tales cosas. Es decir, para conseguir esclavizar a otros es necesario que éstos deseen ardientemente más cosas como las que tiene quien aspira a ser amo. Si quien aspira a ser amo posee muchas cosas, pero no consigue que otros las deseen, jamás podrá ser amo; del mismo modo, si aquellos a quienes se pretende esclavizar deciden renunciar a todo aquello que otro intenta hacerles desear, nunca serán esclavos.

Si aquel que aspira a ser amo llegara a privar a quienes pretende hacer esclavos de lo más esencial para vivir (comida, agua, vivienda, vestido…), de tal modo que éstos no tuvieran más remedio que recurrir a él para poder sobrevivir, la renuncia a desear sus bienes sería prácticamente imposible, y, por lo tanto, la situación de esclavitud irremediable. En cualquier caso se trataría de un tipo de esclavitud muy endeble, al estar

apoyada en tan sólo una cosa, en una necesidad. Para conseguir una esclavitud más efectiva y, por lo tanto, una condición de amo más estable, se debe conseguir que aquellos a quienes se quiere esclavizar necesiten al amo por muchos motivos, no por uno solo, de tal forma que si se rompiera uno de los grilletes, siempre hubiera otro que le sujetara. Esta es la razón por la cual, quienes aspiren a ser amos deben hacer desear a los otros varias de las cosas que ellos poseen y crearles diferentes tipos de necesidades, haciéndose así imprescindibles.

Este tipo de esclavitud, mucho más potente que aquella que se apoya exclusivamente en la privación de las necesidades básicas, sólo es posible si los otros ven como necesarias las cosas que poseen quienes aspiran a ser amos, si por el contrario aquéllos no ven como necesarias las cosas de éstos, y se conforman con lo esencial para vivir y con aquello que está a su alcance, la situación de esclavitud será prácticamente imposible o muy endeble.

Está al alcance de muy pocos ser amo, pues es muy difícil poseer muchas cosas y conseguir hacer que otros las deseen; del mismo modo que es muy difícil evitar ser esclavos, pues no son muchos quienes consiguen no desear más que lo imprescindible para vivir. De cualquier modo es mucho más complicado ser amo que dejar de ser esclavo, pues mientras esto puede conseguirlo casi cualquiera, cuando se conforma con lo que está a su alcance, conseguir lo primero es imposible, ya que quien aspira a ser amo se convierte, irremediablemente, también en esclavo, al desear lo que no posee: la voluntad ajena; algo que incluso de llegar a poseer algún día no le evitaría seguir siendo esclavo, pues ¿cómo conseguiría todo lo demás?

La lógica de la esclavitud (II).

"Recuerda, pues, que si las cosas por naturaleza esclavas las creyeres libres y las ajenas propias, andarás obstaculizado afligido, lleno de turbación e increparás a los dioses y a los hombres." (Epícteto, Manual)

Teniendo en cuenta la naturaleza de los seres humanos, y el hecho de que éstos nazcan prácticamente ya bajo el signo de la esclavitud, alcanzar la libertad, la independencia, la emancipación, en definitiva, tratar de llegar al ideal del SuperHombre, se presenta como una tarea harto complicada.

Si aquello que nos esclaviza es nuestro deseo de lo que no tenemos, el único camino para alcanzar la victoria, la liberación, no puede ser otro más que el de la autosuficiencia, el de la bendita autarquía. Pues el

verdadero amo, el verdadero señor, el auténtico semidios, no es aquel que lo tiene todo (algo por otra parte imposible), sino el que no necesita nada que esté fuera de él.

Cuando todo lo que necesitamos lo tenemos al alcance de la mano, y lo podemos conseguir con sólo mover un dedo, es entonces cuando habremos dejado de ser esclavos, y habremos empezado a ser SuperHombres; sin embargo, si existen cosas que se escapan de mi alcance, que necesito años y duros esfuerzos para conseguirlas, por muchos siervos que tenga a mi disposición, por más oro que tenga acumulado, no seré más que un pobre miserable al que la vida se le va de las manos.

La necesidad que sentimos por todo aquello que en realidad no necesitamos no son más que cadenas que nos convierten en esclavos, tanto a los hombres pobres como a los hombres más ricos del mundo, son ataduras que nos impiden remontar los cielos hasta la mesa de los dioses.

La autosuficiencia, la autarquía, pero también la ataraxia son sin duda las claves para alcanzar el ideal del SuperHombre.

El único enemigo es el enemigo interno.

La vida del ser humano debe de ser una lucha constante, sería mejor que no tuviera que ser así, pero si no queremos convertirnos en monstruos con apariencia humana o volvernos locos, no nos queda más remedio.

El campo de batalla no es externo, sino interno, pues el enemigo lo tenemos dentro. Alguien lo creo con un objetivo muy concreto, por eso es necesario ser conscientes de que está ahí o de lo contrario estaremos perdidos. A lo largo de la historia se le han dado mil nombres diferentes, hoy se le ha decidido llamar ego.

El ego, oculto bajo cien mil disfraces, te pedirá constantemente ser alimentado. Su objetivo es dominarte, controlar tu voluntad, hacerte su esclavo; es por eso necesario frenarle, hacerle frente, pararle, pues si no, nos aniquilará sin la menor contemplación, nos devorará sin piedad.

El ego es quien te pide gloria, fama, honores, reconocimientos, galardones…; dáselos y se habrá convertido en tu dueño; niégaselos y es posible que puedas empezar a ser libre.

Utilizará las palabras más hermosas y los razonamientos más elevados con un solo propósito; un propósito que, por mucho que lo parezca, nada tiene que ver contigo, sino con él. Si no eres capaz de comprender que tú eres más (mucho más) que ese ego, estás perdido, vivirás eternamente en un laberinto, queriendo encontrar en vano una salida.

El ego nunca se rinde, por eso su lucha será interminable y la tuya inevitable. Cuando por fin creas haber superado sus palabras y vencido sus razonamientos, él te volverá a atacar, desde un sitio totalmente distinto, con nuevos razonamientos y diferentes palabras.

Ellos sí saben que tu ego existe (pues fueron ellos quien lo crearon), ese es el motivo por el que han hecho tanto (y siguen haciendo), desde hace mucho tiempo, por alimentarlo todo lo posible.

Frente a él, la victoria no es tarea fácil; en cualquier caso, esto no debe de ser un motivo para la desesperación, pues, solamente, tu constante y obstinada resistencia a todas sus seducciones y engaños ya es bastante, pues, poco a poco, esto irá allanando el camino hacia tu victoria final.

¿Cómo empezar? ¿Cómo luchar? Comprendiendo que eres mucho más de lo que crees ser. ¡Sal de ti! ¡transciende! ¡fluye!

Sin un cambio interior, el cambio exterior sólo será un cambio de amos.

Los bancos existen porque nuestro ego les necesita; los gobiernos existen porque nuestro ego les necesita; los ejércitos existen porque nuestro ego les necesita; incluso las grandes mafias farmacéuticas existen porque nuestro ego no puede vivir sin su adulación.

Eliminemos los bancos, los gobiernos, los ejércitos y las farmacéuticas, y cambiémosles por otras cosas; hagamos exclusivamente eso, nada más; con ello, lo único que habremos conseguido habrá sido cambiar de amos; pues nuestro ego, después de haber enterrado con todos los honores a sus antiguos padres, saltará ansioso en brazos de los nuevos, para que le mimen y le arropen en las frías noches de invierno.

Eliminemos nuestro ego y quizás entonces no necesitemos nunca más amos.

Pero si finalmente decides hacerlo, no esperes conseguirlo de un día para otro, pues se trata de una tarea dura, difícil y complicada, y, como tal, requiere de un entrenamiento largo, constante, disciplinado y, sobre todo, consciente de por qué lo haces.

Eso sí, merece la pena ser libre y reconciliarse con la vida, con la naturaleza y con el universo.

La verdadera Revolución.

La verdadera Revolución, el verdadero final de la esclavitud sólo será posible cuando el ser humano destierre de sí todo aquello por lo que puede ser esclavizado, cuando decida destruir en su interior todo aquello que le arrastra inconscientemente a ser esclavo.

Si el ser humano (y sólo él) elimina de su interior todas aquellas cosas que le hacen ser manejable, dependiente, débil, dócil, servil, obediente… la esclavitud quedaría definitivamente abolida.

La doma.

Hace años, se me encomendó la tarea de idear un método para conseguir agrupar al mayor número de seres humanos como si fueran ganado, intentar que éstos se acostumbraran a una vida en rebaño, y lograr que su mayor y única preocupación fuera la de pastar. A pesar de que se trataba de algo totalmente contrario a su naturaleza, a estas alturas, puedo afirmar, sin ningún complejo, que el proyecto ha sido un éxito competo.

No sólo ya no se resisten a la vida en rebaño, sino que, gracias a una serie de estrategias que a continuación me dispongo a enumerar, la desean con todas sus fuerzas, incapaces de imaginar un modo mejor de vivir.

Mi primera propuesta fue la de que las tierras del planeta fueran, poco a poco, concentrándose en pocas manos, para lo cual alimentamos la codicia de reyes y emperadores. Con ello perseguíamos evitar la autosuficiencia que el trabajo de la tierra podía proporcionar a los hombres; los cuales, al verse privados de este medio de subsistencia, no tuvieron más remedio que buscar protección y amparo en las murallas del castillo si querían sobrevivir. Esta etapa duró muchos años, hasta que conseguimos acostumbrarles a esta dependencia. Durante este tiempo no sólo trabajamos la codicia de los poderosos, sino también la envidia y la ambición de los sometidos, así como otra serie de vicios, temores y supersticiones, todo lo cual les hizo débiles y dependientes, y, por lo tanto, fácilmente manipulables.

Pero una y otra vez, los seres humanos se resistían a la doma, al tratarse de algo que iba en contra de su naturaleza; una resistencia que hacía que el rebaño humano perdiera toda la utilidad práctica para la que fue creado.

Con el fin de apaciguarles un tanto, decidimos que había que convencerles, por todos los medios, de que el problema no era la vida en rebaño, sino los pastores del rebaño. Les hicimos creer de mil formas

diferentes que librándose de esos pastores y sustituyéndoles por otros nuevos, todo cambiaría, todo mejoraría; que gracias a estos nuevos pastores, y a sus nuevas técnicas revolucionarias, serían eternamente dichosos, alcanzarían por fin el paraíso en la tierra.

Engañados con estas falsas esperanzas, depusieron a los antiguos pastores y entronizaron a los nuevos, quienes, usando las mismas técnicas que sus predecesores, mantuvieron unido y cohesionado al rebaño, al mismo tiempo que aumentaban su tamaño, gracias al reclutamiento forzoso o voluntario de nuevos miembros.

En este sentido, las múltiples guerras libradas por la codicia de los príncipes fueron también de gran ayuda para nuestros propósitos, al movilizar a una gran cantidad de seres humanos en una misma dirección: la defensa y el fortalecimiento de los rebaños de sus respectivos territorios. Con ello no sólo se conseguía cohesionar más a aquellos que ya vivían en rebaño, sino además se arrastraba a quienes aún no lo hacían a vivir de esa manera.

De esta forma, alentando guerras y catástrofes de diverso tipo y sustituyendo los antiguos ideales y los antiguos pastores por otros nuevos (sembrado primero temores y después ofreciendo esperanzas), conseguimos, por un lado, convencer a los hombres para que siguieran viviendo en rebaño, cuando éstos comenzaban a cansarse de este tipo de vida, y, por otro, aumentar el tamaño de los rebaños humanos, gracias a la incorporación de nuevos individuos que buscaban protección frente a tales desastres.

Con estos propósitos, alentamos la Revolución Francesa, la Revolución Industrial, la Revolución Soviética y tantas y tantas otras Revoluciones y cambios de pastores y de ideales. Igualmente, enfrentamos a pueblos entre sí: a españoles contra ingleses, a ingleses contra franceses, a franceses contra alemanes, a alemanes contra rusos, a rusos contra estadounidenses, a marroquíes contra saharauis, a israelíes contra palestinos o a occidentales contra islamistas, así como tantas otras guerras.

Con las revoluciones sustituíamos las viejas y desgastadas esperanzas por otras nuevas, y con las guerras forzábamos cada vez a un mayor número de humanos a que participaran de ellas (las nuevas esperanzas), consiguiendo así, como ya he dicho antes, mantener el rebaño unido y, además, aumentar progresivamente su tamaño.

Desde hace ya unos años, venimos considerando la necesidad de un nuevo cambio no sólo de pastores, sino también de ideales, por eso estamos induciendo de diversas formas a los seres humanos para que lleven a cabo una nueva Revolución, que les cargue nuevamente de falsas esperanzas, con las que poder afrontar su dura condición de ganado, con renovados bríos.

En relación a los nuevos ideales que sustituirán a los viejos y de los nuevos pastores que los llevarán a la práctica, consideramos que lo mejor es que sea el propio rebaño quien los cree y elija, pues de este modo les implicaremos aún más en la renovación de sus viejas ataduras.

También pensamos que una nueva gran guerra sería de mucha utilidad para volver a involucrar a la práctica totalidad de la humanidad en nuestro proyecto de rebaños humanos y acabar, de una vez por todas, con los escasos grupos humanos que aún viven de un modo independiente.

En cualquier caso, y a pesar de nuestros denodados esfuerzos por conseguir que los seres humanos se sometieran a vivir en un rebaño, han sido multitud los hombres y mujeres, que, despreciando los miedos, supersticiones y vicios con que tratábamos de convertirles en seres débiles y, por lo tanto, serviles y fáciles de domesticar, han logrado evitar convertirse en parte del rebaño.

Afortunadamente no han sido muchos, ni su ejemplo muy seguido, de tal forma que nuestros planes nunca se vieron sensiblemente afectados por estas pequeñas anomalías. A pesar de lo cual, haríamos bien en no confiarnos demasiado por nuestro éxito, pues si la mayor parte de los hombres descubrieran la felicidad y la inmensa dicha que disfrutan esas personas, gracias a su reconciliación con las leyes de la naturaleza, a través del ejercicio de la virtud, libres de miedos, temores y supersticiones de todo tipo, gozando de una vida de dioses entre hombres, es muy probable que a muy pocos les apeteciera ya seguir viviendo como hasta ahora: como esclavos; una decisión que de ser mayoritaria dispersaría definitivamente el rebaño y haría vanos cualquier esfuerzo por tratar de unificarlo.